

Cuándo comenzó España a ser lo que es

Enrique Pavón Pereyra¹

Soy de los archiconvencidos en aquello de que las Leyes Fundamentales españolas deberían contener una cláusula que rezara: "No ejercerá en España cargo político ni magistral ningún hombre que no haya recorrido Hispanoamérica de punta a punta". No se trata de aventurar la implantación de un criterio excesivo y deformante de esta unidad racial e idiomática que conforma el mundo de las Españas de allende y de aquende el Océano; sino, simplemente, de acentuar esa realidad histórica fracturada por criterios aldeanos. Disraeli, que sabía algo de esto, solía decir que los pueblos permanecían unidos más por intereses permanentes que por ideales permanentes.

Cuando se analiza la raíz americana del ser de España nos entran ganas de terciar, humildemente, en la polémica entablada entre dos acreditados historiadores hispanos. Me refiero a Américo Castro y a Claudio Sánchez Albornoz, que mantuvieron controversias nada bizantinas sobre el comienzo de la auténtica esencia de la Madre Patria. El primero sostiene que España no es tal hasta que no da cima a la empresa de la Reconquista en 1492; el segundo afirma que el ser de España empieza a latir en aquel Séneca trasladado a Roma y en los Concilios de Toledo. Posiblemente ambos tengan mucha razón; aunque nosotros nos atreviéramos a aseverar que España no quedó constituida hasta que no descubrió América, hasta el momento cenital en que dio redondez a la tierra adentrándose en el corazón vegetal del Mundo Nuevo.

La fragua hispanocriolla

El tipo humano que se forja en la empresa americana, o sea, la fundación del hombre hispano-criollo, es lo que marcará de una manera radical, fraguada en el Sexto Continente, todo el sentido ecuménico y el proverbial modo de ser de nuestro pueblo. A partir de entonces, la raíz americana penetra a raudales en nuestro mundo peninsular, hay cruzamientos de sangre, de estilos, de manera de ser. Sor Juana operará desde

1 Director de la Biblioteca Nacional

la Nueva España del Méjico virreynal; Cervantes, está con un pie en la Altipampa de Bolivia, donde gestiona -inútilmente- ocupar una vacante en La Paz. Esta transfusión es tan grande que España, como Roma, se hace Imperio aún antes de consolidarse interiormente.

Tanto es así que la constitución interna de España como moderno Estado europeo se hace imposible durante dos siglos, ¿cuáles son las causas de este retraso institucional? ¿A qué factores obedece esta discordancia observada en ritmos de su madurez? Sucede que el desbordamiento español hacia América lo impide. Todo lo que se hace en España durante esa época se hace en función de lo americano que, por otra parte, consume nuestras energías más vitales. Ello explica que la estrella de la gran potencia española decline tan rápidamente, cruzada por los fuegos de Inglaterra y la rivalidad luso-holandesa, que se autoproclaman sus herederas y se disponen a suplantarla en el quehacer imperial.

Sólo enumerar las portentosas hazañas espirituales llevadas a cabo por España en tierras de América ocuparía una extensión equivalente a una biblioteca. Referirlas únicamente desde la arquitectura y tallas indígenas a los fresquistas de Méjico y a la pintura religiosa de la escuela de Quito, pasando, sin detenernos, por los artífices, "los tarjeños", de la plata de Potosí y de Sucre, los tejedores del Perú o los escultores y alarifes aborígenes de las misiones jesuíticas del Paraguay, comprendería una aportación artística de tan relevante personalidad y de tan singulares características que se diría haber prestado España, con el alumbramiento de una raza nueva -"raza mineral"- la denominó Vasconcellos- la forja y matriz de su espíritu creador.

Un Juárez, un Mutis en la botánica, un Andrés Bello en la gramática, un Montalvo en la épica, un Darío en la poética, equiparan su rango con las mentalidades impares del Viejo Mundo y les disputan sin mengua su antigua primacía.

La españolidad como dogma

Durante el siglo XIX la independencia americana corta el diálogo secular entre España y su Imperio; la "élite" americana bebe la Ilustración; da las espaldas a los institutores, por diferencias tan transitorias que alguien las llamó propias de una "guerra civil", conformes al genio de la raza. El mundo hispanoamericano pervivirá en un doble aislamiento, que es como un doble y nefasto cerrojo que aprovecha, sobre todo, al complejo mercantilista anglosajón. Pero cuando llega el desastre del 98 se produce la gran reacción, recrece la nostalgia de lo americano y los mejores hombres de nuestras letras y de nuestro pensamiento -con Miguel de Unamuno y Hugo y José Ortega y Gasset a la cabeza- se ocupan

de América irredenta, mientras a renglón seguido los americanos tornan a mirar a España, siguiendo la inspiración premonitoria de adelantados de fuste: José Enrique Rodó, Carlos Pereyra, José León Suárez, Ricardo Palma.

Ahora que está de moda insultar la memoria de nuestros comunes genevarcas, entre los que incluyo preferentemente el nombre de Unamuno, reclamo un gramo de moderación y aún de generosidad al juzgar la panorámica de su obra, tan españolamente americana, tan americanamente española. Yo sé que muchos espíritus que tienen de la religión un concepto mucho más superficial, contingente y humano que el que tenía nuestro gran don Miguel, se atreven a maldecir su nombre y a incluirlo en la lista de los "hispanófobos". ¡A él, que cubrió -casi solitario- con su pluma el enorme claro que la recesión de América dejó en el espíritu español! ¡A él, cruzado de esencia quijanesca, que contendió sin otra artillería que su arrebato y su furia archiespañola, encendida y apasionada hasta la locura de puro amor de España, en el terreno que ni mil embajadas con plumaje y bastón hubiesen podido abarcar! Una de las primeras plumas del periodismo español lo ha recordado con emocionado acento: "¿Ha habido algún otro español en nuestro siglo que haya mirado con mayor atención y mayor escrupulo hacia Hispanoamérica? Los que le acusan de hispanofobia, ¿conocen al menos una pequeña parte de lo que él conocía de la historia, de la literatura, del arte y de la cultura de aquellos países que España civilizó y cristianizó más allá del Atlántico?"

Embajador sin cartera

En efecto, la extensa labor periodística de Unamuno -exaltador del "Martín Fierro", aquel poema épico y paradigmático que tanto fascinaba a Menéndez y Pelayo-, se publicó, en gran parte, en las páginas de los periódicos hispanoamericanos. Al través de su nombre -incluyo a un Azorín, a un Baroja, a un Valle Inclán, a un Pérez de Ayala- una doble corriente de entendimiento y conocimiento iba y venía por encima del oleaje atlántico. Gracias a los ojos de lector incansable que tenía don Miguel, a su espíritu crítico y atento, a su rigor intelectual y a la soberana independencia de su palabra, los españoles conocieron muchas de las obras y de los trabajos de los hermanos de Hispanoamérica. Y gracias también a don Miguel, nuestros hermanos de Hispanoamérica conocieron y supieron de España, mantuvieron una relación cultural con España, quedaron prendidos en las redes espirituales e intelectuales que don Miguel casi a diario tendía, desde España, en aquellos países. Gracias a don Miguel, España siguió siendo, para muchos, madre y maestra.

Claro que no se trata de amar sentimental, confusamente a España en su traducción tópica, patriota y coloidal, sino de amarla metafísicamente, con ese afán de perfección que no excluye, sino que supone la crítica constructiva. Para un español de América, sobre todo, se trata de continuar un ideal, el ideal de la Hispanidad con mayúscula, de tal modo que para un hispanoamericano, amar ese ideal es amarse a sí mismo. "La Hispanidad, según Maeztu, no es otra cosa, sino una confianza inquebrantable en lo que somos, en lo que nos hemos caracterizado a juzgar por nuestras mejores expresiones en la historia, en la cultura y en el espíritu". Esto mismo nos indica que el concepto de Hispanidad está exento de bastardías o de reniegos.

Antirretórica de la Hispanidad

En algunas ocasiones he admitido ser de aquellos que opinan convencidos de que los términos de nuestra literatura política no sólo pueden prostituirse, sino que se corrompen con harta facilidad. Con el vocablo "Hispanidad" pudiera suceder otro tanto. ¡Cuidado con ello! ¡No dejéis que se burocratice, que en este delito no importa que la vía por donde se perpetre sea oficial, oficiosa u oficialista! Para ello es preciso que quienes, como nosotros, permanecemos insertos en esta nueva religión racial exaltemos permanentemente nuestra plural entidad histórica. Luego, que la fundamentemos con realidades y eficacias, sin las cuales -como sin modernidad- el término Hispanidad pudiera quedar en mera retórica tropical, huero de significación sustantiva.

Esos miles de estudiantes hispanoamericanos aposentados en nuestros Colegios Mayores, esos cientos de aspirantes a técnicos y artesanos que apurarán su preparación en las Politécnicas españolas, según se ha convenido en el paraninfo de la Universidad Laboral de Alcalá de Henares, constituyen una suerte de "batallón sagrado" cuya potencia de fuego habrá que acrecentar día a día. Frente a aquel racismo de "creyentes", que, hace apenas veinte años, se podían contar con los dedos de una mano, hoy cubrimos todos los frentes, alejamos nuestras fronteras geográficas, mandamos ejércitos de locomotoras eléctricas a Colombia, junto con expertos en complejos hidroeléctricos; flotas de barcos al Paraguay, junto con experimentados marinos que explicarán a sus tripulantes los secretos de la náutica.

En el universo que nos toca vivir es más que probable que sean fórmulas hispanoamericanas, fórmulas creadas por nosotros, las que logren sobrevivir como soluciones que España e Hispanoamérica pueden buscar y dar a luz juntas, inspirándose en los patentes designios de una Providencia que las conformó como una sola entidad moral.

El encuentro hispánico-indiano

Gustavo Eloy Ponferrada¹

I. Es casi un lugar común en los manuales de historia atribuir el viaje de Cristóbal Colón que culminó con el encuentro de nuestro continente a la apetencia de España de llegar a Oriente para proveerse de especias. Y se ha hecho corriente el tema del maltrato a los indígenas. Una somera reflexión sobre la precariedad de los medios que contaba el siglo XV para la navegación (frágiles veleros, instrumentos primitivos, datos imprecisos, mares desconocidos, vientos imprevisibles, costos enormes) y la magnitud desmesurada de la empresa sólo para proveer a las cocinas de condimentos, basta para pensar que esa motivación es absurda. Y sobre el trato a los indígenas y la "leyenda negra" azuzada ahora por intereses ideológicos ya se ha escrito bastante como para reducirla a sus estrechos límites.

Respecto al primer punto, parece lógico pensar que habría otros motivos más graves para emprender tan riesgosos viajes. Y, en efecto, los hubo y muy serios: fueron de índole política, militar y religiosa. Los archivos europeos proporcionan abundante información, sobre todo el valiosísimo Archivo Vaticano. Bastará recordar algunos datos fundamentales para ubicar el problema en su justo contexto y comprender la situación de Europa en el siglo XV.

Consta que marinos irlandeses trasladaron a monjes benedictinos a Islandia en el siglo VIII; ciertamente estuvieron allí en el año 790 y puede suponerse que antes otros viajeros llegaron a tan lejana isla, habitada desde la prehistoria. A principios del siglo IX la colonizaron los noruegos al mando de Naddot y los suecos dirigidos por Gardar. Después llegaron escandinavos: vikingos, daneses y nobles noruegos deportados. En 981 desembarcaron grupos misioneros católicos noruegos y escoceses; sobre todo fue exitosa la labor de Gissuy y de Hialte. Se formaron comunidades cristianas y en 1056 se creó el obispado islandés de Skalholt, sufragáneo del arzobispado de Hamburgo. En 1106 se erigió otro obispado. La vida religiosa se desarrolló en monasterios benedictinos y agustinos.

¹ Miembro de número de la Academia Argentina de Ciencias Morales y Políticas, Miembro correspondiente de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas, Socio Perpetuo de la Sociedad Argentina de Historiadores, Miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, Ex-Rector de la Universidad Católica de La Plata.